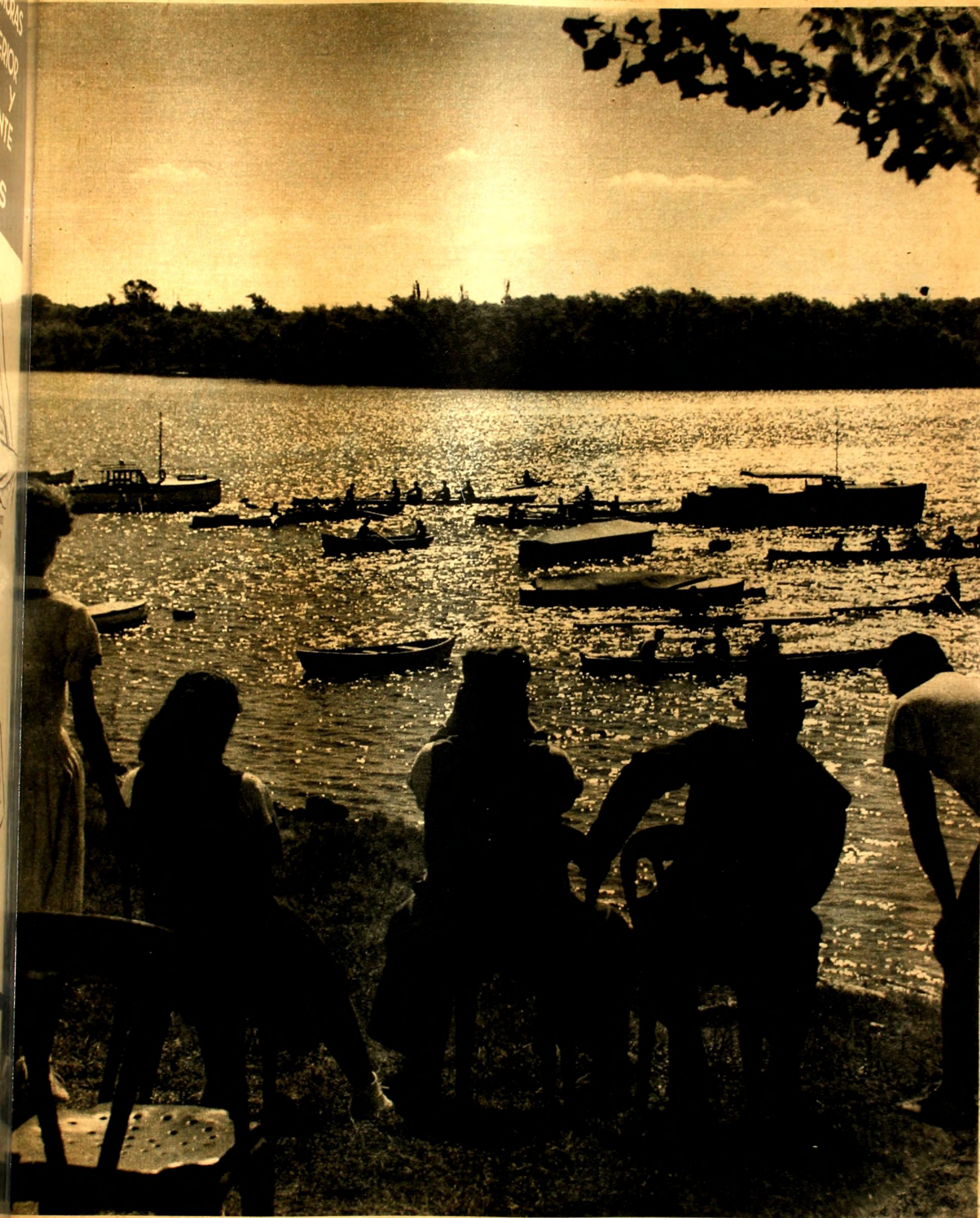
AÑO VIII
Tomo VI — N.o 338.

EL DIA

Montevideo,
julio 2 de 1939.



REMEROS EN EL RIO NEGRO. — CIUDAD DE MERCEDES. — (CONTRALUZ).

R. y J. Caruso
FOTOS

CENTENARIO DE LAS REGATAS
DE HENLEY
(INGLATERRA)

En estos días se cumple el primer centenario de la fundación de la "Royal Regatta de Henley", prestigiosa entidad deportiva inglesa que ha organizado, para conmemorar su aniversario, regatas que habrán de realizarse durante los días 5, 6, 7 y 8 de este mes, tomando parte en ellas dos botes uruguayos que representarán a nuestro país en ese acto. El señor Ministro de Inglaterra en el Uruguay, Eugenio Millington Drake, a cuya iniciativa se ha debido esa deferencia para el deporte nacional, ha tenido la gentileza de acceder a nuestro pedido, rememorando en el siguiente artículo los orígenes de la prestigiosa corporación deportiva inglesa.

LA primera regata entre las tripulaciones representativas de las Universidades de Oxford y Cambridge tuvo lugar en Henley Reach, del Río Támesis. Esto puso en evidencia a los habitantes de Henley que tenían un hermoso trozo del río para realizar competencias de regatas.

En 1839, en vista de la enorme afluencia de público que había venido a Henley para presenciar las realizadas durante los últimos años, y de la prosperidad que ellas trajeron a la ciudad, se decidió forma: una Comisión con el objeto de dar a las mismas un carácter anual y permanente. Se llamó a una reunión a las personalidades más representativas de la localidad, formándose una Comisión encargada de la compra de copas para trofeos, como asimismo de dictar los reglamentos para las carreras.

La primera regata que se realizó de acuerdo con las nuevas reglamentaciones, tuvo lugar en 1839, hace un siglo. Hubo solamente dos competencias: el "Grand Challenge Cup", para botes de cuatro tripulantes, de las Universidades de Oxford, Cambrige y Londres, los Colegios de Eton y Westminster, y Oficiales de la Brigada de los Guardias del Rey; y el "Town Challenge Cup", para tripulaciones de clubes de aficionados cuyos miembros residiesen dentro de los ocho kilómetros de Henley. La primera contó con cuatro participantes, siendo ganada por una tripulación del "Trinity College" de la Universidad de Cambridge. La segunda no contó más que con tres, todos miembros del "Henley Rowing Club".

Se ha experimentado un gran cambio, comparado con aquellos pequeños principios, a las famosas regatas de hoy. En la actualidad, no sólo se trata de un espectáculo internacional del deporte, sino que Henley es, — como las carreras de caballos de Ascot, — una de las ocasiones en





Grabado antiguo que muestra el famoso puente de piedra gris, y a la derecha la torre de la iglesia, en tanto es disputada la primera regata entre Oxford y Cambridge, realizada en Henley en el año 1829.

He aquí la famosa recta de Henley en la actualidad. Los remeros no deben emplear sus esfuerzos en vencer curvas traicioneras.

Vista tomada en 1909 cuando terminaba la "Diamond scull" — prueba en que interviniera, años atrás, el "singlista" del Montevideo Rowing Club, Quillermo Douglas — Stuart y Drake, este último hoy Ministro en el Uruguay.



Un minuto de belleza



Del tiempo dedicado a la coquetería, se debe reservar "un minuto" por lo menos a vivificar la epidermis. Sólo la glicerina de almendro tiene el poder misterioso de dar nueva vida a la célula: la tonifica, la rejuvenece... Un suave masaje con esta preciosa crema líquida imparte al rostro, escote y manos, la más delicada belleza.

que las damas pueden exhibir las últimas creaciones de la moda de verano.

Y qué espectáculo maravilloso! La muchedumbre bordeando las orillas, las góndolas, cargadas de felices espectadores, amarradas detrás de los troncos demarcadores del recorrido, y las carpas a cada lado de la colina arbolada que se levanta detrás del río!

Durante la carrera, cuando asoman los botes, la muchedumbre se levanta y se aproxima a las márgenes para ver mejor. Primeramente se oye el murmullo de la multitud, y de inmediato el aplauso de estímulo cuando se constata el bote que va delante.

La aparente facilidad de la acción de los remeros no dá, a quien no sea remero, una idea del esfuerzo que se necesita para impulsar sobre el agua, con tanta velocidad, a esos livianos botes. Pero a la terminación de la carrera, cuando se ve a los remeros, jadeantes en sus embarcaciones, entonces se pone en evidencia cuánto esfuerzo ha significado para ellos esa acción.



Foto que nos muestra al ocho del colegio de "Eton" saliendo de una característica planchada. Nótese lo pintoresco de la escena ocurrida por el 1910.

DIA FINAL DE LA "HENLEY ROYAL REGATTA", EN 1937. — Llegada de la "Ladies Challenge Plate" en la cual el ocho del Clare College derrotó por un largo a la tripulación del Trinity B. C.

Es un deporte donde se juega limpio y donde se prueba en forma concluyente la resistencia de los participantes; esto mismo se puede comprobar en las regatas que se realizan en la Bahía de Montevideo. En verdad, quien pueda remar durante la carrera de una milla, no tiene porque temer ninguna otra prueba de resistencia.

El número de participantes de estas regatas de Henley se ha aumentado contínuamente. La primera vez que participaron tripulaciones de ultramar fué en 1872, y luego cada año subsiguiente han llegado tripulaciones de otros países.

Durante la guerra no hubo regatas, pero en 1919 se realizó una especial la "Royal Henley Peace Regatta", para la que el Rey Jorge V. de Inglaterra regaló una Copa de Oro, que sería disputada entre "Eights" de los Aliados. El "Eight" de Australia ganó dicha Copa, y ahora se disputa anualmente en ese país, en unas regatas equivalentes a las de Henley.

Este año, en vista del Centenario de las Regatas de Henley, se espera un importante número de participantes. Se está haciendo todo lo posible para que resulte un espectáculo memorable, y se cree que algunos miembros de la Familia Real Inglesa honrarán esa fiesta con su presencia.

Eugenio MILLINGTON DRAKE.

AGUAFUERTES DE LA RESTAURACION

La Unión cayó en la miseria al finalizar la Guerra Grande, y este desastre es explicable.

Los jefes, oficiales y soldados del ejército sitiador, tenían familia, formada al correr de los años de la guerra. Dato curioso: los militares del Cerrito necesitaban un permiso expreso, escrito de puño y letra de Oribe, para casarse en la capillita de la Mauricia.

Casi todo argentino ese ejército. Muy pequeña la proporción de orientales. La familia de los hombres de tropa vivía en los rancheríos del Cerrito. Las de los jefes y oficiales residían comunmente, en la Restauración.

El ejército oriental de Oribe estaba a sueldo de Rosas.

Se explica que "El Defensor" no haya publicado nunca los Estados de las Asignaciones recibidas por Oribe desde Buenos Aires. Pero "La Gaceta" de Rosas divulgaba sin retaceos el movimiento de tesorería de la Provincia de Buenos Aires. Tenemos a la vista los Estados de mayo-junio 1845. La cifra de $ 277.063 reis, parece excesiva. Se trata, seguramente, de una entrega global. Corresponde a las "asignaciones del ejército de vanguardia que manda el general Oribe".

Don Isidoro de María, que redactaba en Montevideo "El Constitucional", conocía esos Estados, y atribuyó siempre esas publicaciones, al deseo de Rosas de humillar al general Oribe. No podía éste, después de aquellas, negar que su ejército nacional estaba a sueldo de la Confederación Argentina.

El caserío del Cardal, convertido por la guerra en un verdadero pueblo, sostenía un floreciente comercio. Las más calificadas familias de la tendencia oribista, se albergaban en el nuevo pueblo que adelantaba fulminantemente. Constituía la Restauración la verdadera Capital del país.

Montevideo estaba reducido al corto perímetro de sus muros. Se bastaba el puerto del Buceo para abastecer todo el interior de la República. Llegaban a la Unión las carretas por las rutas de acceso de la campaña. Desbordaban de cueros de vacuno y bagual, cerda, grasa, sebo, astas. Volvían luego al campo repletas de productos que habían llegado a la Aduana blanca, en los barcos españoles y portugueses.

Para dar una idea del fuerte comercio local, recuérdese que la Restauración sostenía cinco platerías. Una de ellas ostentaba a la admiración del pueblo, una muestra de sus depósitos grávidos: sobre caballetes dispuestos a la entrada, un equipo lujoso, "el recado, un par de estribos de plata con estriberas y pasadores; un freno con copas grandes de plata, cincelados, figurando la cabeza de un león; riendas trenzadas con 12 argollas, y 28 pasadores".

No conocía más que la abundancia el pueblo nacido en medio del campamento.

De pronto cesó la guerra. Urquiza decidió el puntillazo a Rosas, y como primer golpe consiguió la paz de octubre, que fué una derrota para Oribe, y debía significar para Rosas el anticipo de Caseros.

El tacto de don Manuel Herrera y Obes suavizó los artículos del Tratado. Pero la paz había hecho caer a Oribe. Ni vencidos ni vencedores. Sí. Pero Oribe, que vivió desde entonces, o en su quinta del Miguelete, o en su casa de la Curva, mucho más en aquélla que en ésta, no entró a la ciudad que había sitiado tanto tiempo, hasta pasados los cinco años de la Paz de Octubre.

Esa paz derribó la Restauración y le quitó el nombre. Se cerró el puerto del Buceo, persiguiéndose como contrabando todo desembarco en sus costas. Muchas familias blancas volvieron a la ciudad. Se perdió para el comercio local los fuertes ingresos que llegaban mensualmente desde Buenos Aires para el ejército que acababa de dispersarse. Y como si estos hechos significaran poco, se tiró un decreto, en 25 de octubre del 51, por el que volvían a sus dueños primitivos "todas las propiedades confiscadas y donadas por la autoridad que durante la Guerra Grande existía fuera de Montevideo". Los jefes oribistas que habían beneficiado de esas confiscaciones, abandonaron forzadamente esos bienes y se empobrecieron. Muchos de ellos no habían dado valor a las donaciones hechas con tierras y propiedades de gente colorada, presintiendo cercano el día de su anulación. Otros, excepciones honrosas, rechazaron de plano las confiscaciones en su provecho. No debe olvidarse, en el número de estos últimos, el nombre del general Ignacio Oribe.

Así, pues, tenía que caer la Restauración, y cayó. No era más que un pueblo grande, que debía su prosperidad al aislamiento en que había vivido hasta entonces. Cuando ese aislamiento desapareció, la Restauración cayó en un letargo del que debía despertar muchos años después. Para ese entonces, ya era la Unión, y era la Cenicienta.



Ombú de Olloniego, o de las Maroñas, 130 años. — Cuchilla Grande y Camino Maldonado.



Don Ildefonso García Lagos, en los lejanos tiempos de su bachillerato.

DEL CERCO FLORIDO A LA CANDILEJA

Era riente el aspecto de la Restauración. Un día describió ese aspecto para nosotros, el general Visillac.

Los más pobres ranchos de las orillas eran materialmente envueltos por la madreselva o la campanilla. No había china tan indigente como para no tener su pedazo de tierra junto al pobre hogar, con un macizo de espuela de caballero o de albahaca. La barba de oro, que muchos años antes fuera cultivada especialmente por Balbín Vallejo, era frecuente adorno de los cercos aldeanos. En la esquina de la placita, frente al templo, hubo por muchos años una altísima retama de tronco retorcido. Don Isidoro de María recuerda estas variedades en su Montevideo antiguo. En los viejos jardines de la aldea que era nuestra ciudad, abundaban el taco de reina, el botón de oro, el alelí, el lirio blanco o morado, la congona y la rosa. Del jardín de Maciel en el Miguelete, vinieron a aromar nuestras tierras cercanas al mar. Pero el jardín madre, nacido junto al arroyo, desapareció en los días de la patria. Los "muchachos de Otorgués" cortaron a filo de sable todos los tallos. Eran patriotas cien por cien, y no podían conservar "ni siquiera las flores de los godos".

La calle principal carecía, como las otras, de pavimento y vereda, y estaba alumbrada muy de trecho en trecho, por faroles que protegían recipientes con aceite de potro en el que se hundía la mecha retorcida. Pero no se crea que las orillas eran oscuras. Los ranchos volvían a la candileja de la época de Elío.

Ese aspecto alegre, de remanso, lo guardaba el pueblo para su rincón del Este. El camino Real, que era como un cabo tendido hacia la ciudad sitiada, desbordaba a los lados su agreste fiesta de cardos.

Una nota singular daba aspecto inconfundible al pueblo blanco: la extraordinaria cantidad de perros, que llegó a constituir una verdadera plaga. Oribe tiró un decreto, a mediados del Sitio, estableciendo patentes, para lo que se clasificaba en distintas categorías: "chicos, grandes mansos, de caza, perdigueros, galgos, de agua, mastines mansos, bravos y de presa".

Un diario de adentro comentó el decreto. Flotando entre la traviesa ironía, esta pregunta: "Entre los perros de presa, ¿hay algunos de los que hicieron la campaña en las provincias argentinas?"

Se refería, evidentemente a Maza, que había **cazado** en Metán a don Marcos Avellaneda...

"YA VOY, LA SEÑORA"...

Siempre han fortalecido las estrecheces económicas las virtudes de los pequeños pueblos. Huye de la aldea la disipación de las costumbres. Cornelia es flor de pueblo. Por accidente fué romana. No es de extrañar, pues, que la vida social de la Restauración, se fortaleciera por las penurias del Sitio. Se cumplía realmente vida de hogar. La tertulia era una de las formas de la sociabilidad pueblerina. La visita era larga, y en ella se conversaba de la guerra, se cosía, se tomaba mate, verdadero lujo en la época de estrechez.

Misia Biviana Morales era vecina de la Restauración. Tenía tres hijas jóvenes y buenas mozas, acogedoras y cordiales.

Por sobre sus virtudes se destacaba ésta, de origen corso: la hospitalidad.

Visitaban a menudo las amigas el pobre hogar, al que la guerra había arrebatado con el padre, el sostén. La rueda se pasaba la tarde acortando las horas.

A nadie dejaba de ofrecer doña Biviana, su mate. Mate **cebado** siempre por mano de la chinita Juana, mate caliente, de yerba paraguaya o misionera, — a elección — con rosquitas o pan con grasa, de leche o de agua, con cedrón o toronjil, y hasta con **anejuti**, maceración de cáscaras de naranja en muchos días de caña... Mate cordial, tan generosamente ofrecido, con tanta voluntad... pero que no llegaba nunca... Lo que ha llegado hasta nosotros,



Vaquería de la quinta de Basañez.

abriéndose paso a través del siglo desgranado, es el refrán. Promesa no cumplida. "Mate de las Morales". Llevado y traído jocosamente durante tantos años, pudo muy bien este episodio de la Restauración, esconder una situación dolorosa. Las Morales eran gente humilde y gentil. Sufrían, seguramente, no pudiendo agasajar a las huéspedes como su exquisita hospitalidad lo exigía. La ofrenda singular, que no cumplían, estaba toda ella en el convite. Sabían que no podrían obsequiar con ese mate famoso, cebado tan bien, abstractamente, por la correntina Juana, que ponía un dejo particularmente festivo en su tonadita provinciana, para decir invariablemente: "Ya voy, la señora". Pero lo ofrecían. Con ese gesto tan simple, tal vez trataran de engañarse a sí mismas. Si no lo consiguieron, han obtenido, tardía justicia, nuestra comprensión. Ella envuelve una reparación piadosa. "Gracias", por el mate que no cebaron... pero ofrecieron bien... (1).

GUITARRA Y DANZA

En esas tertulias de la Restauración, sobre todo en las reuniones de la noche, se hacía música. El piano era muy raro, aún en Montevideo. Más tenía que serlo en la Restauración, donde sólo podían entrar artículos de Montevideo, violando los decretos prohibitivos de Oribe. El mismo jefe blanco los violó en 1848, en su deseo de



Don Tomás Poggi, fallecido en 1889. Fué de los más antiguos vecinos de la Restauración.

obsequiar con un piano a su esposa doña Agustina Contucci.

Lo que aprendían las muchachas era la guitarra. Dos maestros de fama han dejado su nombre para la crónica. Juan Eloy, a quien "se podía encontrar de tardecita, en los ranchos frente a la casa donde vivía el finado general Núñez", era el maestro más nombrado. (2).

Pero también se permitía un aviso en "El Defensor" otro profesor de guitarra, Hermenegildo Arce, que decía vivir "junto a la tienda de don Juan José Segundo, frente al almacén del toro".

Públicamente se ofrecían los maestros de baile. Manuel Montero Calvo, maestro de banda "que había sido" del batallón "Libertad oriental", de la compañía de volteadores, "enseña a domicilio la nueva polka". Era al fin de la guerra, y hacía siete años que había invadido París el nuevo ritmo bohemio.

No son superfluos estos datos. Nos hablan de la idiosincracia de nuestros abuelos, y de su época. Nos recuerdan los bailes de la Restauración, tan brillantes como los del Miguelete, con los cuales, posiblemente, buscara la gente sitiadora el olvido de las amargas horas de la guerra.

En febrero del 51 vió el Miguelete el baile más fastuoso del Sitio. Concurrió a él, en casa del coronel de ingenieros don José María Reyes, lo más distinguido de nuestro pueblo, y un fuerte nucleo de familias de Montevideo. Presidió la fiesta una de las más hermosas mujeres de su tiempo, doña Manuela del Villar, dueña de casa, castellana gentil, madre de Elvira, la que fuera más tarde novia del gran afortunado que se llamó Julio Herrera. (3).

A esos bailes concurría el mundo social de nuestro pueblo.

El recato y la laboriosidad presidían la vida interior de las muchachas de la Restauración. Lo consigna una crónica social de la época, firmada por B. Quintero, verdadero cronista de retaguardia. Este párrafo corresponde a uno de los otoños posteriores al Sitio: "Los días de trabajo se ocultan las niñas a sus quehaceres dom;sticos; los domingos aparecen estas sílfides radiantes y hermosas, como la purpúrea rosa al nacer la fulgente aurora". Estrujando el párrafo conseguimos esta visión perfecta: las sílfides no eran callejeras, ya que se guarecían detrás de la reja durante la interminable semana que no disponía todavía del sábado inglés; y no eran gordas, lo que se debía, probablemente, al régimen del Sitio, compensador y estético.

EL SEÑORIO

Conoció grandes damas la Restauración. Juana Illa y Viamont de Basañez, María Hines de Larravide, Teodora Lima de Vilaró, Ana Rella de Bianqui, Clara Sienra de Díaz, Francisca del Campo de Arboleya, Bernarda Aguirre de Fernández, Paulina F. de Díaz, Manuela Rama de Pijuán, Felipa A. de Segundo, Gregoria Pérez de Vila, Celmira Iriarte de Reissig, Belarmina U. de Ribas, Dolores N. de Iriarte, Carmen A. de Arboleya.

Y la gran dama que fué doña Agustina Contucci, esposa del general don Manuel Oribe. Y Fátima Díaz de Acevedo, madre de Eduardo Acevedo Díaz. Y Manuela Gómez de Visillac, hermana del general Servando Gómez, y madre del general José Visillac, recientemente fallecido, cuando alcanzaba el siglo.

Disponemos de un verdadero censo social de la Unión, posterior a la Guerra Grande. Es la petición de los feligreses de la parroquia de San Agustín al coronel Flores, en ejercicio entonces del Poder Ejecutivo, en febrero 8 de 1854. Deseaban los firmantes que se incluyera al cura don Domingo Ereño, desterrado político, en el decreto de amnistía de 27 de enero de ese año. Volvería en esa forma la iglesia de la Unión a contar con su antiguo pastor, violentamente sustituído en diciembre del 53, no por las autoridades eclesiásticas, sino por el Triunvirato. El pedido no tuvo andamiento. Pero por sus 78 firmas de damas locales, y sus 605 firmas de caballeros, disponemos a la distancia, de un precioso censo de la época.

¿No sería el discretísimo conjunto de muchachas de la Restauración, — sólo San José ha conocido tantas muchachas hermosas como nuestro pueblo del Sitio — el verdadero señuelo que atraía hasta su romántico caserío a la más distinguida juventud de Montevideo de mediados de siglo?

En esa época la Restauración era el campo. "Lo que Aranjuez para Madrid", decía una crónica, "y San José de Flores para Buenos Aires".

Una tertulia selecta de mozos se constituía los domingos en la quinta de don Tomás Basañez, alrededor de Adolfo, hijo del castellano del lugar, que acababa de recibirse de doctor en jurisprudencia. Era el grupo de graduados de 1854. Véase estos nombres: Adolfo Basañez, Plácido Ellauri, Eustaquio Tomé y Domingo Gounouilhou, doctores en jurisprudencia. Ildefonso García Lagos, Mariano Ferreira y José Pedro Ramírez, bachilleres.

De ese grupo, un hijo de don Doroteo García, de tan conocida actuación en el Cerrito, tomó muy pronto el camino del periodismo. Muchas crónicas de Ildefonso García Lagos, aparecidas en "El eco de la juventud oriental", nos ilustran sobre esa Unión curiosa y típica del 54, que él conoció tanto, y que atravesaba a menudo a caballo con su padre. Se apeaban en la barraca de don Casimiro Solanet, verdadero banco de la época, establecida en el solar del cuartel. De allí un carruaje los llevaba hasta la chacra de Toledo.



Dibujo de SIFREDI.

Por una de esas crónicas, "El hombre-poste", sabemos cuáles eran las verdaderas peripecias del novio de esquina. Por otra, "La unidad del alma en relación con los ómnibus", nos enteramos de este detalle realmente curioso: los ómnibus a la Unión cobraban **un** boleto por persona, desde la salida del sol hasta su puesta; y cobraban **dos** después de la puesta del mismo. Eso pudo constatarlo en carne propia el satírico periodista que era en ese tiempo don Ildefonso, lo que lo empujó a la conclusión de que la Empresa de ómnibus que a Larravide tenía por capitán, negaba, por motivos de mostrador, la unidad del alma.

A PRIMERA SANGRE

Esta es la Restauración del Sitio, y la Unión primitiva de la paz. Muchas acuarelas de la época ocuparán un lugar en próximas crónicas.

Con una de ellas cerraremos la nota de hoy.

Dispersado el ejército del Cerrito en octubre del 51, no todos los soldados, como es natural, tomaron el rumbo de las provincias argentinas. Un buen número, sobre todo de criollos quedó en la Restauración.

Durante muchos años esa gente fué carne de pulpería. No tenían hábitos de trabajo, y por otra parte, la única obra pública de aliento de la época, la plaza de toros, alivió en muy poco, durante un año, la desocupación lastimosa que reinaba en el pueblo. Los incidentes sangrientos no eran raros, entre ese elemento que no fué matrero por falta de ambiente, pero que sólo sabía matar el tiempo con la baraja o con la taba. En 1854 el comisario resolvió una noche dar una batida. El resultado fué sorprendente. Sobre la mesa de la comisaría, instalada en un ángulo del colegio, exactamente donde hoy el doctor Plá enseña clínica médica, a sus muchachos, cayeron **ciento doce** cuchillos y dagas de todo tamaño y calidad. Se explica. El arma blanca era la más usual en la época entre el elemento humilde del pueblo, por su precio menor. En esa Unión a nadie se le caía el facón de la cintura.

Eran los tiempos heroicos del desafío sin odio, a la puerta de las pulperías. Sin odio y sin rencor. "A primera sangre". Los adversarios eran amigos, y no se disputaban, en ese tajo, una mujer querida. Peleaban, **por una caña.**

M. FERDINAND PONTAC.

(1)—La crónica mejor lograda del "mate de las Morales", puede leerse en "Tradiciones", de Florencio Escardó, edición 1876, página 341 a 347.

(2)—Se trata del general Angel Núñez, consuegro de Anacleto Medina. Misterioso lazo unió la trágica muerte de los dos valientes. Núñez, colorado que se hizo blanco, murió en el campamento del Cerrito, de resultas del balazo que le acertó en el combate del Cerro un soldado de Garibaldi. — Medina, que se hizo blanco después de su actuación en Quinteros, fué lanceado, teniendo ya más de 80 años, por el brazo de Feliciano Viera.

(3)—La crónica de este baile, comienza en la página 58 de "Bocetos y brochazos", del "Licenciado Peralta".



Sauces y álamos en la laguna de la quinta de Basañez.

SOCIALES





Señorita ERNESTINA A. SESTO, que el 8 del corriente contrae enlace con el señor JOSE P. SOBRERO.

Srta. GLADYS DIZ.





Señorita NELLY DONAZAR.

FOTOS DE MARCHESE

DITIRAMBO A JUANA de IBARBOUROU

A Bruselas en fiesta, donde las noches de la exposición se irisan de fuentes cambiantes, me llega un chorro de luces verbales, un libro "enlucerado" como dice, con flamante y perfecto neologismo, la mayor escritora de América. "Estampas de la Biblia", por Juana de Ibrbarbourou.

Sea mi primer asombro de lector que la autora no haya querido llevar antes su cántaro fresco a las fuentes de Samaria o Jerusalén, tan predestinada me parecía a la simplicidad de la Biblia y a su fervor. La aventura de esta mujer continúa siendo extraordinaria. Para aproximarla y catarla mejor, evocamos las obras y las vidas de sus hermanas gemelas de Francia, de Bélgica o de Inglaterra que también sintieron gravitar sobre una tersa frente el don fatal y la corona de espinas fragantes. En nuestra historia literaria sólo otra Juana podría comparársele, si las condiciones de tiempo y de lugar no fueran otras. Sor Juana Inés de la Cruz, que ponía en su amor al Crucificado tan sospechosos ímpetus de amante y nos dijo a los hombres las verdades con su gentil donaire, no puede servirnos de término de comparación para averiguar lo que nos importa saber y lo que desearíamos fijar: cómo, entre qué límites de recato, puede y debe ser poeta una mujer de nuestra raza.

Juana de Ibarbourou nació a la vida de las letras pagana, sin bautizar, como todos los temperamentos geniales. Sus primeros libros son de faunesa capricante en las praderas matinales que el tirso de la mano gobierno, pero observad cómo desde entonces su franqueza lírica no llega —y es mejor que así sea— al agresivo impudor de la divina condesa de Francia y Rumania. Podrá objetarse tal vez que a una mujer le es plausible decir en París lo que no es lícito expresar en Montevideo. Parece mediocre objeción ésta. Si, por discreción congenital, nuestra Juana evita el lindo desparpajo de Ana de Noailles, también rehuye —porque es latina— la perpetua reticencia sentimental que se nos antoja ñoña alguna vez en la Inglaterra prerrafaelista. De ejemplo puede servirnos Isabel Barret, extenuada de lirismo y de tisis, cuando Roberto Browning llega a visitarla, todo lleno de palabras ensortijadas y de penas confusas donde aflora una Inglaterra secreta y sin clave para el latino como los sonetos de amor de Shakespeare. Divino suele ser el diálogo mudo de esa pareja, pero al leer sus sendas confidencias estamos seguros de que nuestro amor de hispanoamericanos no podrá parecerse jamás a ese arrobamiento inmóvil, un poco linfático y literario.

Las cosas del alma, tan brumosas en ese clima norteño, ocurren c í en más humano y blando paisaje. Sí en cada mujer de América se adentran las brumas sevillanas de Bécquer; si el poema del amor entre nosotros, como en la India de Tagore, está lleno de suspiros, de silencios, de miradas suspensivas; si una sonrisa triste es la expresión usual de nuestra musa, en cambio, esta uruguaya comienza a cantar con la franqueza de la mocita de Sunam que iba preguntando por los caminos del "Cantar de los Cantares" si nadie había encontrado al que amaba su alma. Por primer vez en nuestras letras la enamorada sudamericana halló su acento cabal. Voz de murmullo como el arroyo que canta entre los tréboles, sonata de estío y sol de miel (¿por qué ha de ser "luna" siempre?), gorjeo de mirlo espectador que sabe trasmutar la luz en sonido. Su hora predilecta no es el alba de Julieta ni la noche constelada de penas ni esas neblinas del Norte que prefiere la exquisita poetisa belga María Gevers cuando escribe su "canción para que los cinco sentidos aprendar a amar la lluvia" o le ruega a ésta —O pluie, o douce— que sea madrina del niño que le ha nacido.

No, Juana de Ibarbourou no puede renunciar al sol. Como otro belga genial de lengua flamenca, Guido Gezele, ella repetiría ante el cerezo florido en la mañana: "Gracias por la luz". Una acción de gracias es cada madrugada suya. Nadie ha cantado más francamente en español el sano y matinal apetito de amor. Mirad cómo a su lado Gabriela Mistral parece extranjera o menos nuestra, cuando se pone a maldecir al amado muerto. A ratos nos eriza la carne como esas Purísimas coloniales, apuñaleadas en la sombra, que llenan la hornacina con la exageración de sus siete dolores. Hay misterios araucanos y secretos de noche austral, la del extremo Sur de Chile donde las florestas no tienen pájaros, en esa saña de Gabriela que cabría en un antiguo tríptico: Amor, maternidad y santidad, todo frustrado y ofendido. Denla conventos que fundar, una Cuba por libertar como a su maestro Martí y la vida será tal vez posible para este retoño americano de Santa Teresa. Mirad cómo en su gloriosa madurez olvida las expresiones sencillas, recarga de eléctricas oscuridades de nube su sintaxis y al fin de su jornada, junto a un calvario, don Luis de Góngora la espera con los brazos abiertos.

La admirable escritora nos da el mal ejemplo que ya nos dieron tantos otros maestros de América, como si nuestra fatalidad fuera huir de la luz hacia las noches embrujadas de Goya. ¿Acabaremos todos así, buscando frases oscuras y retorcidas como las anotaciones marginales de los "Caprichos"? Cuando medito en el porvenir literario de América me corren culebrillas por el espinazo. En fin de cuentas, todos queremos escribir como ese presidente argentino que inventó un nuevo conceptismo a medio camino entre la pedantería y la brujería, para asombrar a las multitudes primarias. Cuando nos alejamos del vargasvilismo altisonante es para caer en el oscurismo o en la literatura cuneiforme de las últimas camadas que aspira con fruición a no ser comprendida y lo consigue casi siempre. "Esta claridad latina, ¿de qué me sirvió?", gemía nuestro gran Rubén en su madurez, blasfemando de la luz y del diamante que él supo tallar hasta su última hora.

Y he aquí que un gran escritor se salva



cuando ha llegado a gobernar su plectro. ¿Cómo ocurrió el milagro? No sin vacilaciones, ni era posible que fuera de otro modo. Cometeré resueltamente la indiscreción de revelar una anécdota referida por un altísimo poeta de Francia, uruguayo a medias. Para apreciarlo conviene recordar una frase que Rodó, imitando a D'Annunzio, propuso a nuestra juventudes. "Renovarse o morir" —dijo él—, y muy pronto fué esta frase un lugar común, el más peligroso de todos, porque el escritor bisoño, todavía no muy seguro de su instrumento, creía indispensable desecharlo por otro. A esto llamaban renovarse, como si evadirse de sí mismo fuera cosa factible, como si todo gran escritor no pareciera monótono, como si en los maestros de la frase, un Chateaubriand, un Barrés, no advirtiéramos de principio a fin la misma línea melódica.

Escribir es ponerse en el puño el termómetro, escuchar el ritmo de la vida en la sangre. ¿Cómo ha de ser posible, decidme, modificar la curva de la temperatura? Así, de una "boutade" del italiano magistral adoptada con ligereza por nuestro gran Rodó, no siempre exento de esnobismos, proviene la inquietud de muchos espíritus selectos. Sonó también para Juana de Ibarbourou esa hora de angustia. Toda América admiraba su frase espontánea, su poesía irrestañable como las cascadas del Iguazú, visual como un juego de luces. Entonces, un día mi amigo el poeta la encontró llorando. Sollozaba inconsolablemente nuestra Juana de América por el terror exquisito de que sus versos no hicieran latir corazones jóvenes, no estuvieran ya de acuerdo con la moda literaria de última hora. ¿Iban a injuriarla con el mote de pasadista esos mozos malabares y angélicos del Plata, del Perú, de Cuba libre y de México libérrimo, que colocan la luna en el prendedor, suprimen la escala de Jacob por donde subieron y nos dejan a oscuras con pedazos de cataclismo en las manos: una máscara negra, un prisma de Valery, un ejemplar de los "Disparates de Goya" y el abanico de la señorita Mallarmé? Otra inquietud peor se esbozaba asimismo en el alma de la artista famosa que ya empezaba a tener imitadoras. Escribir es siempre crear un "poncif", como decía Baudelaire, un sistema de lugares comunes que no llegan a serlo sino cuando la ralea de imitadores ha manoseado y trillado la luminosa "manera". Yo he contado alguna vez parecida pena de mi maestro Rubén Darío cuando todos los líricos de América le habían robado sus cisnes. Me estaba leyendo el "Canto a la Argentina". "Si esto me imitan, ¿qué voy a hacer ahora?" —decía el gigante triste, abriendo y cerrando los ojos, semiburlón, semiasustado.

Todo escritor de verdad ha conocido la hora crucial, la medianoche de tentación, cuando el diablo de la diversidad le sopló al oído que podría adueñarse del universo en vez de limitarse al huerto de Horacio y al jardín de fray Luis. Novedad, ¿quién no la quiere?; invención de tropos, ¿quién no la busca). Sino que los maestros de literatura comparada nos enseñan que la misma metáfora, apenas transformada, viene de Homero y Chateaubriand a irisarse en Jules Renard o en Giraudoux... Afortunadamente, en este caso la tentación no fué muy lejos o no fueron bastante eficaces las palabras demoníacas.

Aplaudamos sin reservas a Juana de Ibarbourou porque resueltamente eligió el claro sendero. Huelga decir que nos placen aquellas lágrimas como un testimonio de inquietud vitalicia y de ese afán de superarse que ciñe —corona secreta del literato— las sienes elegidas, pero hoy sabemos por las "Estampas de la Biblia" cuál fué su opción literaria. Ha salvado en su navecilla el pan y la sal y los dioses lares. Fué al Viejo Testamento —y alguna vez al Nuevo— como se va a la sagrada selva que lo encierra todo: la ira del promorada y la oscuridad del apóstol visionario y el claro apólogo del lago y la pasión tumultuosa y el blando amor en su nunca superado diálogo. Mirad cómo esta viajera no regresa con palabras altisonantes ni apellida la estrella del amanecer con el nombre de Ajenjo.

Ninguna lectura me parece comparable en castellano a la traducción de la Biblia por Cipriano de Valera, que editan los protestantes. La gran escritora encontró ahí, como el español Gabriel Miró, su clima y su puro lenguaje. La Biblia había sido creada para ella; y ella había sido forjada para la Biblia. Por supuesto que ella sabe elegir y desechar, con su lámpara en la mano, como las Vírgenes Fuertes. No se detiene a mirar a Job que se lamenta, ni a Isaías que brama, ni a Juan que divaga. Nada bueno puede esperar de aquel "que estaba sentado en medio de ceniza", ni ha de ser "chapera" suya la "morada de chacales, espanto y silbo, sin morador", ni en su mañana favorecida por las alondras divisará jamás el caballo amarillo, la langosta que tiene cabellos de mujer o la bestia cuyo número es 666... Todo esto se lo deja a San Hipólito, o a los poetas de último alarido.

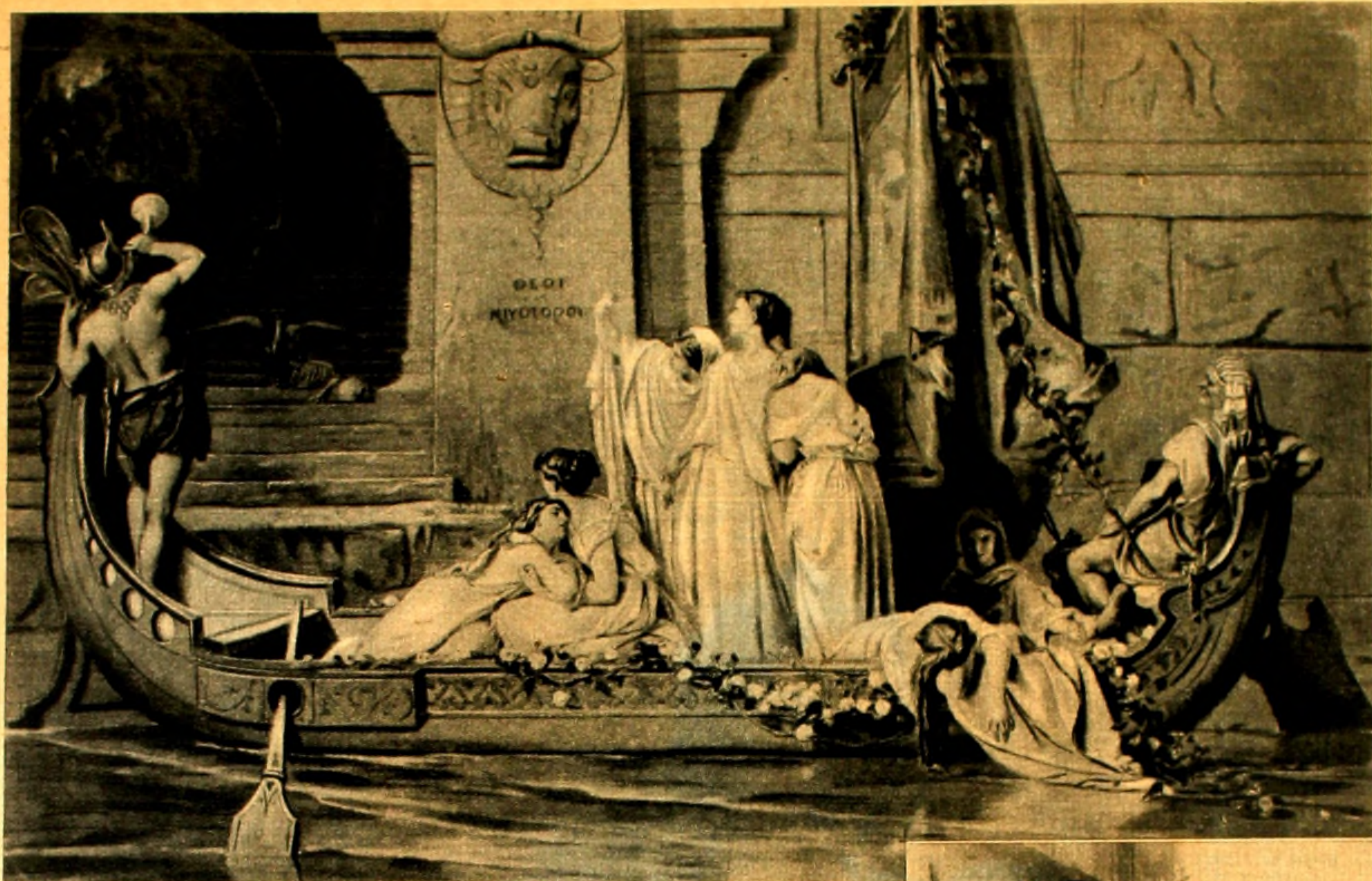
Paisaje favorito halla en sus salmos, los cantares y los proverbios. "Panal de miel son los dichos suaves, suavidad al alma y medicina a los huesos", dicen estos últimos con hermosa frase que podría servir de epígrafe al libro de Juana. (Su fiebre suele subir a 40 grados sin que Jeremías o la Madre de los Macabeos pierdan el compás de la pura sintaxis). Qué digo, si en el coral de múltiples voces donde las mujeres fuertes cantan con las vírgenes locas, me parece escuchar una sola voz. "¡Cómo me embriaga el viento de la carrera, el olor de la maleza!", dice el "Nemrod" de la escritora, y juraríamos que la cazadora es uruguaya. Vamos así recorriendo sus estampas para reconocer en todas ellas, a través de destinos desímiles y de biografías plácidas o ardientes, el mismo dibujo, y casi un aire de parentesco. Se me antojan hermanas: Atalía "de pies tan blancos y tan pequeños", y Ruth "morena como un dátil y cenceña y tierna como un renuevo de almendra", y Betsabé que tiene una paloma en el hombro "entre los carnosos jazmines de Sarón", y Jezabel cuya carne "es una exaltación de nardos", y Judith, la de la inútil y casta victoria que está triste hasta la muerte porque la persiguen en la noche los ojos ardientes de Holofernes, y Esther "hermosa y fría, delgada y pura, acariciándose ante el espejo de plata los finos tobillos, el cabello enroscado y brillante, los hombros que parecen resplandecer en la penumbra, las rodillas como de niño, los codos con hoyuelos".

Todo ese esplendor secreto de una intimidad melancólicamente revelada en los carbones del artista, ¿no está diciendo la evasión y el claro disimulo de la careta?. Los hombres podemos salir a ratos de nuestras cuatro paredes de carne y hueso. Cogemos, como Jules Renard, un fusil de caza y nos vamos a fusilar metáforas o llevamos a cabo, decía el humorista, un paseíto en nuestro lago interior de aburrimiento. Las mujeres —y bendita sea su estirpe— no nacieron para estas excursiones morosas ni pueden perder de vista la fuente de Narciso cuando salen a mirar "la laderita de mi país cargada de aromas" o surgen en la playa atlántica o mediterránea. decorativamente, como la Primavera de Botticelli.

Un momento, sólo un momento se detienen a mirar "la muchedumbre del alba", ejército de nardos, ascensión y descenso de túnicas resplandecientes". Y si así lo hacen es porque todos esos ángeles que bajan —en cualquier cuadro renacentista y en la deliciosa estampa de Juana de Ibarbourou— vienen trayéndola un espejo en la mano. Un espejo de marco de oro como el de los aurífices de Italia o de Francia en los siglos de boato y galantería. Así dibujaría yo la escena si fuera pintor, prestando a las cabezas de los serafines los rasgos de Supervielle, de Sabat Ercasty o de Silva Valdés. En un horizonte de azufre asomarían Lautreamont y Laforgue. Y nuestra Juana de la Anunciación, un tanto maliciosa como las madonas del "quattrocento", estaría rodeada de antifaces donde podríamos inscribir tal o cual nombre de heroína bíblica.

No nos sorprenda esta adorable monotonía de la escritora. ¿Cuándo fué la literatura femenina otra cosa que una biografía ideal y el retrato de lo que pudo ser? Así se renuevan las mujeres, Narcisos geniales, prisioneras de sus tres dimensiones, naturales en su artificio como las Venus clásicas y las Primaveras florentinas. El paisaje circundante o la página blanca o los ojos ajenos son el vidrio estañado donde ha de retratarse el pergeño triunfal de Titania viva.

Ventura GARCIA CALDERON.



ARTE DEL SIGLO XIX





EL TRIBUTO PARA E
dro de Augusto Gen
nistró al artista el
dro. Gendron fué una
voritos de Pablo De
es uno de sus últim
tando una lúgubre
atribuida a los culto
griegos. El Minotaur
monstruo, con cuerpo
toro, hijo de Pasifae
desde la mar a Minos,
lo encerró en un lab
los cuerpos de los jóv
ses tenían obligación
buto a Minos. El g
arribo del periódico
del lab

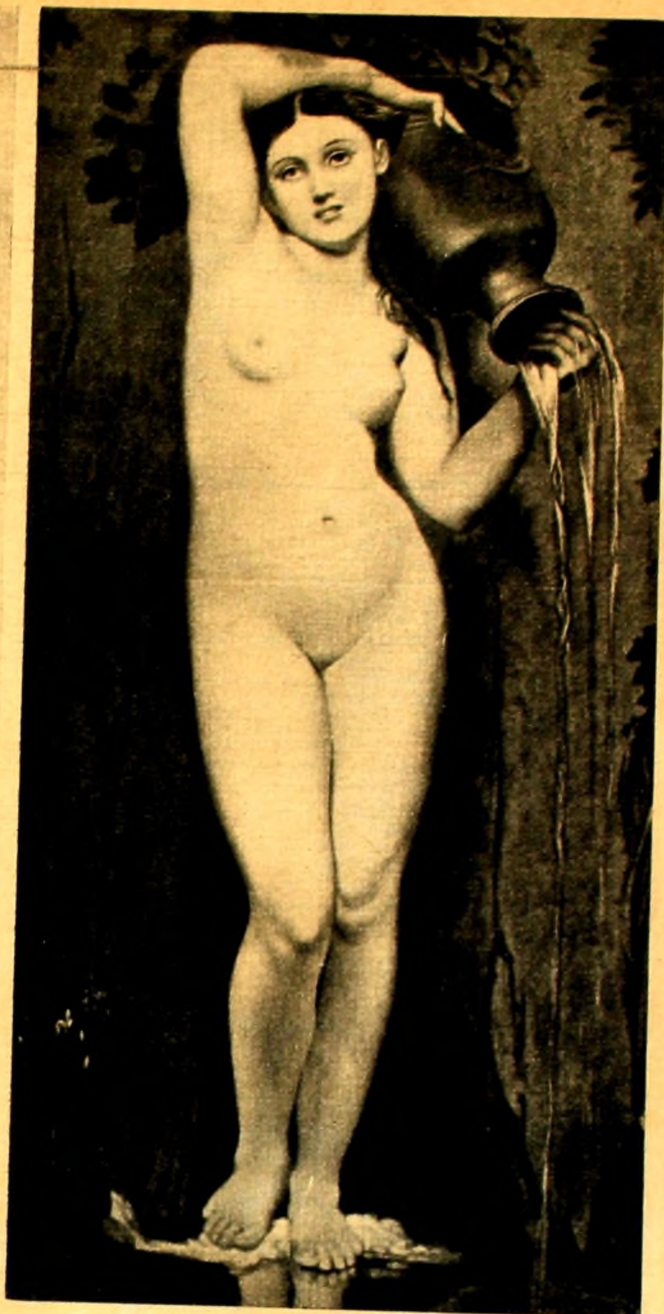
UN MERCADER
de Victor Guirau
rededor de 1835,
uno de aquel ilus
sucumbieron du

EL EMBARQUE
cuadro de Carlos
en Nimes, en 18
mosa novela

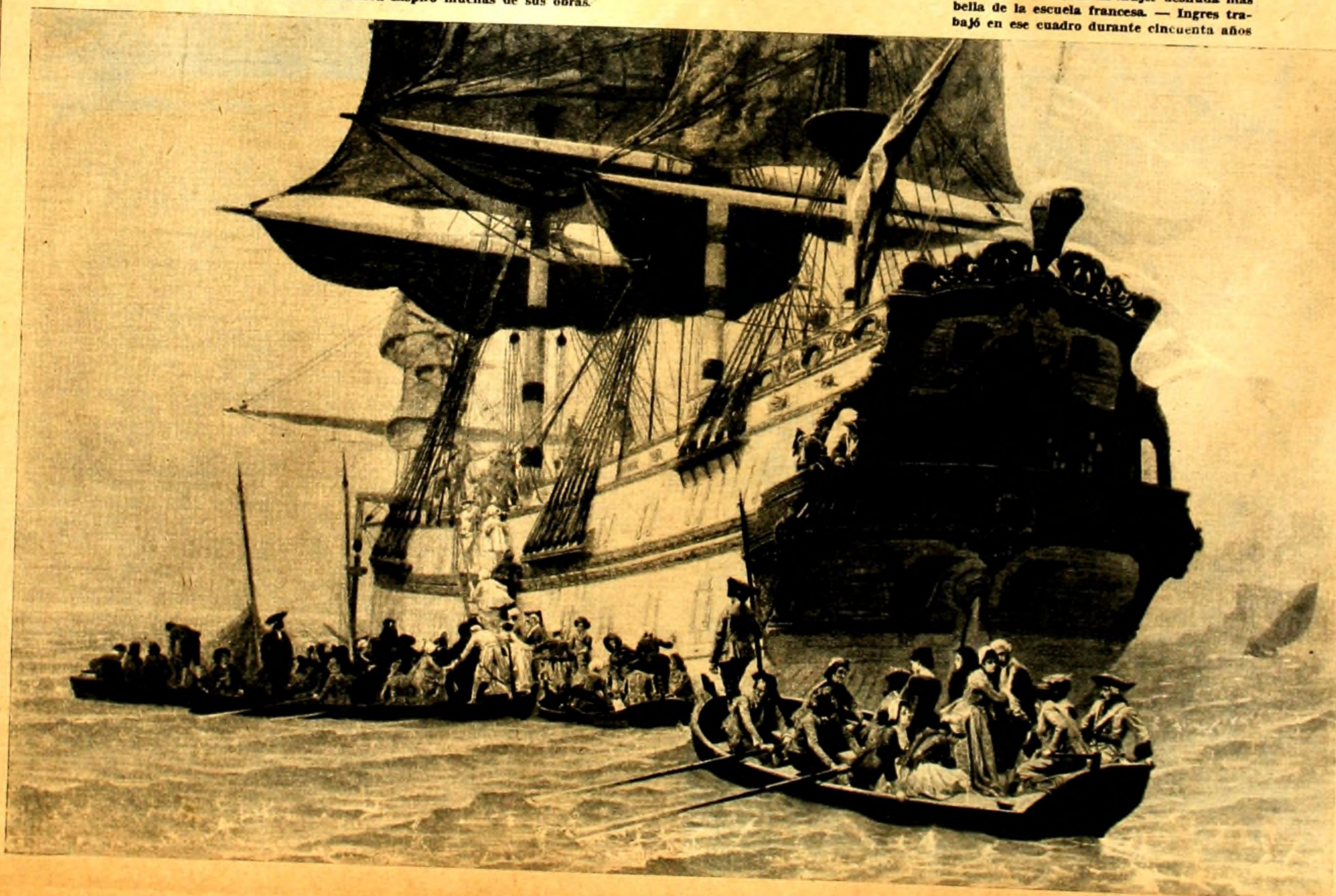
EL DIA DE LA F
lio Garnier. — L
to de sus figuras,
do, llamaron la
cuando se expuso
cena pasa en Fl
val. El animado
cantando y baila
presenta un hábi
jes que llevan el
sus oraciones. El
les, lanza una tím
pasa



LA PUERTA DE LA SALA DE JUSTICIA DE LA ALHAMBRA, cuadro de Mariano Fortuyn, pintor catalán, nacido en 1838. La Alhambra inspiró muchas de sus obras.



LA FUENTE, cuadro de Ingres, nacido en Francia, en 1781. — Este cuadro fué proclamado comc el de la mujer desnuda más bella de la escuela francesa. — Ingres trabajó en ese cuadro durante cincuenta años



SIEMPRE NOVIA POBLANA

Siempre novia poblana! Siempre novia
poblana! Siempre novia poblana!
cómo hablan el crochet y el cañamazo
y el patio con naranjos, novia pálida!
cómo habla aquel estudio en medios tonos
entretejido por tus manos de agua,
cómo habla el aire, el trigal, la rosa,
y la revelación de la distancia!
siempre novia poblana! Y ésto sólo
te dice todo sin decirte nada...
. . . .
. . . .

Cañamazo de calles y de casas,
lejos de tu ventana!
crochet con hilo que quedó amarillo,
lejos de tu ventana!
patio con azahares hechos trizas,
como luna quebrada!
y "estudio", y aire, y trigal, y rosa,
lejos de tu ventana!
y yo esperándote (como tú me esperas),
lejos de tu ventana!
Y yo esperándote — aunque así me aleje, —
siempre novia poblana!
. . . .
. . . .

Estoy solo; se deshace en mis manos
un cuchillo de escarcha;
una hoja desprendida da la forma
de tu cintura lánguida;
la noche en su silencio da la música
de tu voz alejada...;
estoy solo, pero solo "contigo",
siempre novia poblana!!

Alfredo MOROSOLI.

DOÑA MARIQUITA

NADIE sabe la edad cierta de doña Mariquita. Se le atribuyen muchos años. Ella — mujer al fin — guarda celosamente el secreto.

El rostro de doña Mariquita — pese a las arrugas que lo surcan — permite adivinar aún destellos de su pasada belleza.

Delgada, ágil, de cabellos de un gris que se resiste a convertirse en blanco, de voz alta y firme, de ojos inquietos, de manos pequeñas y finas, de baja estatura y andar todavía rítmico, así es doña Mariquita.

Viste siempre de negro. Va por la calle repartiendo saludos, pues conoce a todos y todos la conocen.

A pesar de los ruegos de sus parientes, no ha querido abandonar la vieja casa paterna donde vivió las alegrías de la infancia, las inquietudes de la juventud, el renunciamiento — sin duda melancólico — de la madurez, y evoca ahora, vieja ya, — en los pocos momentos que el interés por la vida ajena le deja libres, — sus muertas esperanzas sus marchitos encantos.

Testigos de su soledad son un perro, un gato y un loro que nombra a todos los vecinos del barrio. ¡Ah! Y los santos que velan por la pureza de sus sueños.

A veces la acompaña alguna muchacha pobre, que ella quiere tener "como hija", pero que se le va con el primer galán que vuelca en sus oídos las palabras eternas y misteriosas que hacen perder la cabeza a las mujeres.

Entre lo mucho que se cuenta de doña Mariquita, recuerdo haber oído que tuvo un novio que conmovió su juventud y, después de hacerle derramar abundantes lágrimas, desapareció del pueblo. Hasta ahora no se ha sabido más de él.

Desengañada del "loco amor del mundo", como diría el Arcipreste de Hita, doña Mariquita juró quedar doncella.

Y si hasta ahora ha cumplido su palabra (según se asegura), no hay por qué suponer que deje de cumplirla en lo que le resta de vida.

A la edad de doña Mariquita toda mujer está, tratándose de asuntos del corazón, "más allá del bien y del mal".

—oOo—

Si el ir a la iglesia tres o cuatro veces al día, confesarse y comulgar con frecuencia poco común, integrar congregaciones y tener el nombre de Jesús siempre en los labios, purifica el alma y la guía por caminos de virtud, doña Mariquita es una santa.

No hay en este pueblo más acabado modelo de fieles. Ni la lluvia, ni el frío, ni el calor, ni el viento, son capaces de impedir que doña Mariquita cumpla sus obligaciones religiosas.

Las burlas y críticas de los descreídos no mellan su fe ni logran derramar en su alma una sola gota del veneno de la duda.

¿Pero a esta beata que debería tener puesto siempre su pensamiento en Dios, le interesa también — tal vez más que las cosas de la iglesia — lo que ocurre en torno suyo. Y no se queda en eso: lo comunica y lo comenta.

Antes que nadie sabe ella lo que pasa en una población como ésta, donde parece que no pasara nada. Desde su casa a la iglesia y desde ésta hasta aquélla, distribuye y recoge noticias con una habilidad y un gusto que envidiaría el gacetillero más veterano.

La enfermedad que padece cada persona, las riñas conyugales, los amoríos secretos, las relaciones que se deshojan y las que florecen, la miseria que se disimula, el esplendor que se aparenta, las cuentas que se pagan y las que pasan a la categoría de incobrables, lo que come y lo que ayuna cada familia, lo exterior como lo íntimo, lo que piensan, sienten y sueñan los demás... ¿Qué puede escapar a la sagacidad imponderable de doña Mariquita?

Hasta sabe — ¡Oh maravilloso poder de investigación! — quienes son los verdaderos padres de los chicos que nacen en el pueblo.

—oOo—

No se quiere bien, en general, a doña Mariquita. Se le teme y se le odia. Nadie está libre de que le descubra un vicio, un defecto, un error, por ocultos que estén. Y si no los descubre, los inventa. Que es una manera de engañar el hambre de información que la devora.

Aunque ha hablado desfavorablemente de mí, no creo que doña Mariquita sea tan mala como los demás piensan. Acaso esté desempeñando, sin saberlo, un papel cuya importancia no se sospecha: sacudir un poco esta monotonía que nos adormece, dar interés a nuestra vida sin relieve, ponernos en guardia contra la propia imperfección...

¿Que alguna vez siembra la discordia, enciende odios, destruye reputaciones o clava el diente venenoso en la carne de la inocencia? ¡Ay! El bien y el mal van siempre unidos. Las fuerzas ciegas de la naturaleza no saben cuando acarician ni cuando matan.

No vacilo en afirmar que doña Mariquita es una de las figuras más interesantes del pueblo.

Cuando muera la lloraremos todos y convendremos con los cronistas lugareños en que deja "un vacío imposible de llenar".

Por mi parte, deseo que ese día no llegue nunca... y que doña Mariquita me perdone este artículo, si sus tareas informativas le dan tiempo para leerlo.

MANUEL BENAVENTE.



¡lustración de AGUERRE.

CINE





Despierta Cenicienta

La historia de Cenicienta es modernizada en este film, que presenta por primera vez a Francisca Gaal en una producción "Metro". Relata la romántica aventura de una modesta joven que ve llegar de pronto a su príncipe encantador y encuentra una felicidad que no había soñado. "Despierta Cenicienta" se exhibe en CINE METRO y aparecen en su reparto Francisca Gaal Franchot Tone, Walter Connolly, Reginald Gardnier.

La dirección es de Norman Taurog.







Los Propileos y el templo de Atenea Niké, vistos a través de pitas en flor.

EXCURSION por GRECIA

El emplazamiento de su arquitectura

Lo primero que nos llega al visitar las composiciones griegas es su exacto emplazamiento. En ello va por lo menos la mitad de la expresión de la idea arquitectónica. Emplazar no es para los griegos una arbitrariedad, por el contrario es algo perfectamente definido y especial para cada caso. Es poner en consonancia un dato del problema con su solución, es unificar lo que está creado con lo que se crea, es reunir en una sola cosa el paisaje con la obra de arte, es usar el espíritu de aquel para expresar la idea. La naturaleza siempre triunfa sobre el hombre, sólo se somete cuando éste previamente se le ha sometido. No puede irse contra ella sino hacia ella. Este es tal vez el más grande mérito de esta arquitectura. Sus conjuntos viven y sólo es posible concebirlos en su lugar. Están, pues, emplazados.

Comprobamos esto en los tres centros siguientes: el Acrópolis de Atenas, la Ciudad de los Misterios de Eleusis, y el Santuario de Apolo Pítico en Delfos.

Los persas habían arrasado Atenas, pero los griegos inspirados por sus dioses contuvieron al invasor. A ellos les era debido un monumento.

El espíritu de lo monumental es el de dominar sobre lo que rodea. No significa ésto ser lo más grande sino tener el mejor valor.

Penetra en el centro de Atenas una roca de ochenta metros de altura. Es imponente y se ve de todos lados. Es también una base natural, por eso sobre ella se erigió el conjunto de edificios y espacios destinados a glorificar los dioses. Es el Acrópolis.

Alejándose algo de Atenas se llega a una serie de montañas. Una de ellas, terminada en plataforma, deja en su falda una cuenca. La montaña misma protege el lugar, lo encierra, proyecta su sombra sobre él.

La sabiduría religiosa griega se concentra en fórmulas. Dominar la religión implica dominar la vida futura. Para esta clase de especulaciones se requiere importancia, soledad, vida interior. Sólo unos pocos hasta ello llegan, Aislamienot para el que va, intangibilidad para el que enseña.

En aquel lugar está este programa. Es Eleusis, con el santuario misterioso de Deméter.

La arquitectura es el arte que más puntos de contacto tiene con la obra divina, porque su material inerte y sus formas abstractas son las mismas que emplean los autores desconocidos del mundo. Por ello a medida que la naturaleza se hace geométrica se arquitectoniza, es decir, se humaniza. Pero sólo dios puede humanizar ríos y montes asemejándolos a volutas y prismas.

La carretera ha llegado al Parnaso. Es un macizo formidable. En él se forman las nubes y el rayo. Nacen los ríos y la tierra retiembla concretándose en formas arbitrarias casi imaginarias. Allí vive un dios que cambia el lugar en la medida de sus medios y de su espíritu. Por eso, porque es el lugar que Apolo ama, sus fieles elevaron su ciudad para adorarlo. Delfos no es humano, es divino.

Aurelio LUCCHINI
(Arquitecto).

El Acrópolis desde la avenida de Los Apóstoles.



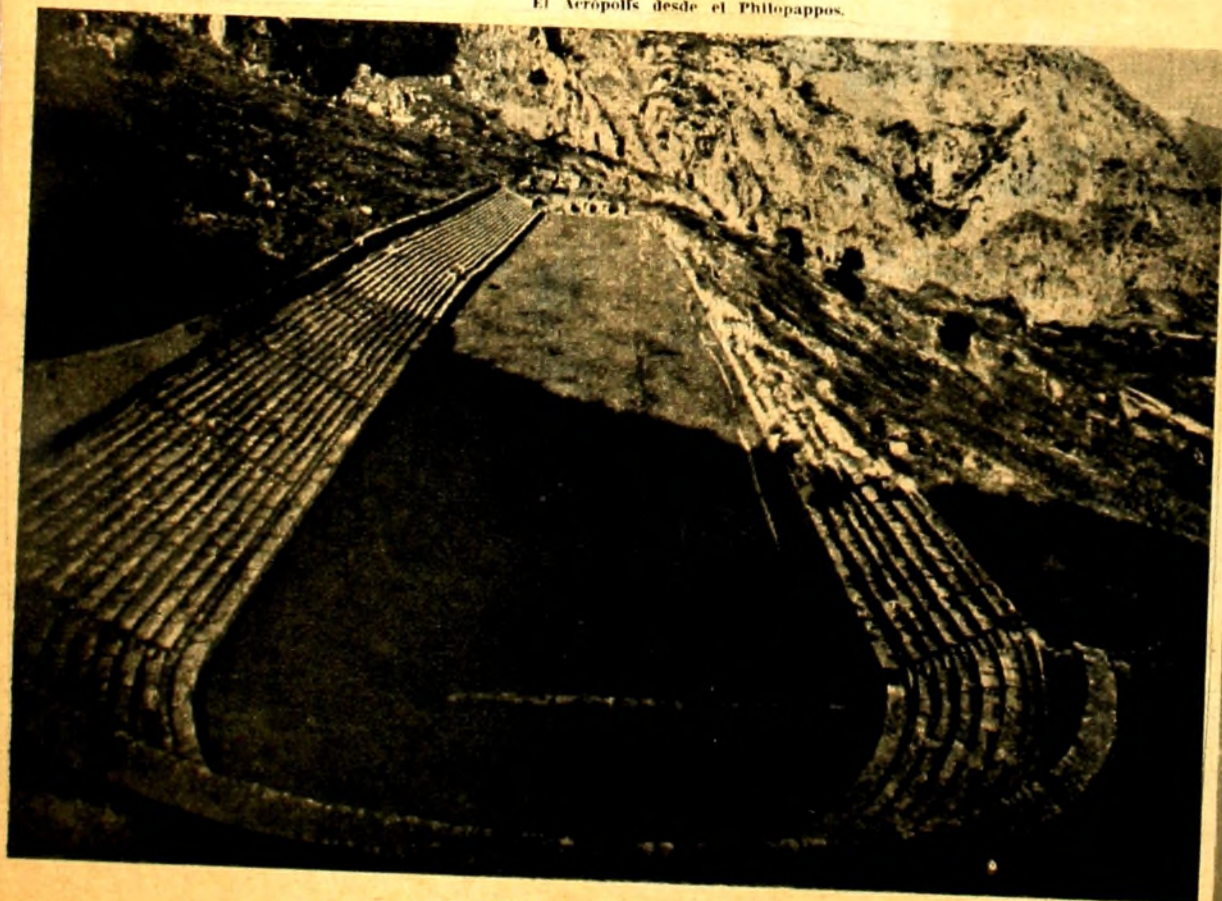
El Acrópolis desde el Lycaretus.



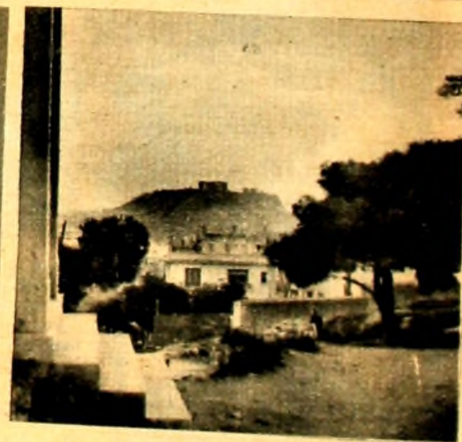
El Acrópolis desde el Olimpeion.



El Acrópolis desde el Philopappos.



El estadio de Apolo en Delfos.



El Acrópolis desde la bajada del Lycaretus.



El Acrópolis desde el templo de Teseion.

TASIA STEPANOVA

PREMIO DE BRUSELAS



Cuanta tristeza en esta expresión. Tatiana Stepanova nació en Marsella, hija de un humilde emigrado ruso, que gana penosamente su vida. Toda la breve existencia de Tatiana ha constituído una lucha constante para su pan cotidiano. Su sola alegría, su sola pasión ha sido el estudio de la danza, a la que se ha venido dedicando desde que tuve siete años.

DURANTE quince días Bruselas ha estado conmovida. Más de un centenar de bailarinas, llegadas de todos los rincones de Europa, han tomado parte en el concurso de danza artística organizado por el Ministerio de Bellas Artes. Concurso bien original pues, ninguna bailarina que ya haya tenido actuación escénica, puede intervenir en esa prueba, limitada sólo a las bailarinas alumnas, desconocidas totalmente, y a las que el premio del concurso hace famosas en horas.

El público espera siempre un milagro en estos certámenes. ¿Cuál será la que, superior a todas, una entre cientos, merecerá el premio de la reina Isabel, para el cual ni la edad, ni la nacionalidad de la concurrente significan nada? Este año el milagro se ha cumplido. Una muchacha de quince años, inscripta en el programa como de nacionalidad| indeterminada, ha conquistado al público y al jurado por su danza animada de una espiritualidad profunda y una virtuosidad desconocida hasta hoy.

En pocos meses el nombre de Tatiana Stepanova nos será familiar. Ofrecemos en esta página algunas imágenes de esta modesta muchacha que, danzando, semeja un ser sobrenatural.



Estas piernas de quince años han cumplido una serie interminable de piruetas, y han gastado centenares de pares de zapatillas, que son caras, y se gastan pronto.



Desde los nueve años ha aparecido en algunas funciones de beneficencia. Se le advierte aquí la seguridad y el brio de una gran bailarina.



La madre confecciona ropas para las alumnas de la Academia, pero ese trabajo no alcanza para adquirir los pares de zapatillas (40 francos cada par) de las que la hija gasta dos por semana. Tassia es célebre, no sólo en su escuela, sino entre todos los alumnos de las academias de París, que de vez en cuando asisten a las clases para verla trabajar.



Para participar en el concurso de Bruselas, era necesario contar con dinero. Las amigas la ayudaron. Entre los números del concurso estaba una danza española. En tres días aprendió a tocar las castañuelas.



Las amigas encuentran esas piernas un poco flacas, y los pies algo grandes, pero no pueden menos que aplaudir su agilidad maravillosa.

Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

TRAIDOR























